

Los premios nacionales

EN medio de los afanes agitados de la política y de las alternativas de todo orden que han conmovido al país en este último tiempo, originadas en gran parte en la falta de artículos de consumo para nuestra población, a la cual ha afectado en forma funesta el fenómeno de la inflación, se ha hecho un paréntesis para que las voces del espíritu se dejen oír. Estas voces, que acaso tienen una importancia fundamental, pues contribuyen a afianzar la salud espiritual del país y a poner un signo de luminosa esperanza en el corazón de los chilenos.

El Estado ha creado dos recompensas para estimular las actividades artísticas en sus diversas manifestaciones. Los premios nacionales de arte y de literatura han sido asignados este año en dos figuras de gran significación: Gabriela Mistral, nuestra gran poetisa, y Domingo Santa Cruz, músico que exhibe ante sus conciudadanos una labor brillante y fecunda.

Razones que en este momento no vale la pena comentar ni examinar habían ido postergando el nombre de Gabriela Mistral, que hasta ahora había permanecido sin recibir la máxima recompensa, con que el Gobierno de la República estimula la labor de quienes se han dedicado en forma permanente al ejercicio del arte literario, que en el caso de Gabriela Mistral ha alcanzado resonancia excepcional. Ganadora en 1945 del Premio Nobel con que la distinguió la Academia de Estocolmo, nuestra poetisa se colocó de

golpe a la altura de los escritores de renombre universal, dándole a nuestra literatura un prestigio y un sitio que ningún otro país de nuestra América Latina aun ha conquistado.

La maestra rural que se diera a conocer con sus famosos Sonetos de la Muerte, confirió al arte poético de Chile una calidad, una altura que comenzó a pesar dentro y fuera del país. Fué como un tónico que comenzaba a obrar en virtud de los méritos de esta poetisa que había de emprender tan alto vuelo, desde allí de una apartada aldea de la provincia de Coquimbo, en el lugar de La Compañía, en donde comienza a los quince años, a enseñar a los niños de aquellas tierras ásperas y desoladas, y a soñar al mismo tiempo con el mundo de maravilla y encantamiento que llevaba dentro del pecho, como un divino don que la llevaría hasta una altura que ningún otro poeta nuestro había alcanzado ni imaginado hasta entonces.

La vida de la Mistral tiene algo de magia por la altura y resonancia que alcanza su obra, siendo ella misma el hada creadora de su propio destino. No podemos desconocer, no obstante, que Chile se haya desentendido de sus méritos, pues el Gobierno, sin que ella hiciera estudios especiales, le confiere el título de profesora de Estado, y luego la hace Directora de un Liceo en Punta Arenas y luego de otro en Santiago, que hoy lleva su nombre. Después de obtener la jubilación en ese cargo, la nombra Cónsul con derecho a elegir su residencia y sin otra obligación que la de escribir y la de atender a su salud, que siempre ha sido delicada. Ningún escritor chileno ha obtenido hasta ahora semejante distinción.

Gabriela Mistral, «nombre de arcángel con apellido de viento», como ha dicho un crítico eminente, es como se sabe el seudónimo de Lucila Godoy Alcayaga, nacida en el valle de Elqui en 1889. Recibe ahora el Premio Nacional de Literatura, que seguramente no agrega nada al prestigio mundial que ha conquistado en su carrera literaria, pero que encarna, en cambio, el reconocimiento de sus conciudadanos, la gratitud por el brillo que su labor le

ha dado a las letras chilenas. Ha de ser sin duda motivo de íntimo agrado para la gran poetisa saber que su nombre estaba latiendo en el corazón de la ciudadanía y que esta muestra de hondo aprecio, implica a la vez la satisfacción de reparar la injustificada omisión que se había hecho de su nombre cada vez que se había concedido este galardón.

Domingo Santa Cruz, que este año ha conquistado el Premio Nacional de Arte, nació el 5 de junio de 1889. Desde sus primeros años se advierte su vocación por la música y su interpretación. Se forma al lado del maestro Conrado del Campo, que fuera discípulo de Ricardo Strauss. Se da el caso en Santa Cruz, interesante por lo demás, para demostrar la viva capacidad de un artista en todos los órdenes de la actividad humana, que a la par de cultivar el arte por el cual manifestaba una vocación irrefrenable, dedicaba otra buena parte de su existencia a desempeñar una carrera docente y administrativa. Es de este modo como el Premio de Arte le encuentra desempeñando los cargos de Vicerrector de la Universidad de Chile y de Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales.

Domingo Santa Cruz se ha demostrado como un hombre de actividad intensísima. Entre muchas de sus obras, aparte de las de creación artística, fué el fundador de la Sociedad Bach, que después de algunas alternativas en su trayectoria, ha venido a ser el Instituto de Extensión Musical, dependiente en la actualidad de la Universidad de Chile.

A lo largo de 20 años, Santa Cruz ha compuesto una cantidad de obras musicales, entre las cuales citaremos algunas de las más representativas para perfilar su labor: «Cinco piezas para cuerdas», «Cantata de los ríos», «Variaciones en tres movimientos para piano y orquesta», «Sinfonía concertante para flauta y orquesta», «Preludios dramáticos», «Egloga», etc.

Toda una vida de inquietud, de ansiedad expresiva en el arte que afebró la frente de un Mozart o de un Beethoven. Santa Cruz a través del tiempo y venciendo las dificultades que son in-

herentes a la vida de un artista en un país como el nuestro, sin grande apoyo a la labor de creación, persistió en su bella tarea. Es autor de obras para coros, de obras de cámara, y para instrumentos solistas. Un fervor constante. Una vocación definida y persistente que se ha manifestado por encima de toda otra preocupación, hasta conquistar un sitio eminente en el arte musical de Chile.

El Premio Nacional de Arte que ahora se le confiere viene, pues, a ser la culminación honrosa de toda una vida de esfuerzo, de generosa lucha, de ilusionado empeño por darle a su obra un acento que, a través de su personalidad, lanzara por los caminos del mundo la expresión de la sensibilidad chilena, convertida en melodías, que acaso lleven una vena dulce y recóndita de lo que es el alma armoniosa de esta tierra.

No hay duda de que los dos premios nacionales, de arte y literatura, discernidos últimamente, destacan una vez más dos nombres ilustres. Bien por Chile y por lo que ello significa para nuestra cultura.